

SIFREDO.—Un duende hizo que perdiese la pista. Eh, pícaro! ¿en qué montaña escondiste la caza? LAS TRES HIJAS DEL RHIN (asomando por la superficie).—Sifredo!

FLOSHILDA.—¿Qué nos estás diciendo?

WELGUNDA.—¿Qué espíritu te enfurece?

WUOLINDA.—¿Qué duende se burló de ti?

LAS TRES.—Dáoslo, Sifredo; cuéntanoslo á nosotras.

SIFREDO (observándolas y sonriente).—¿Habéis atraído con vuestras gracias al velludo sujeto que voy buscando? Si es vuestro amante, os lo cedo gustoso, alegres mujeres. (Las niñas se ríen).

WUOLINDA.—¿Qué nos das, Sifredo, si te entregamos la caza?

SIFREDO.—Como aún no he cazado nada, podéis pedir lo que queráis.

WELGUNDA.—En el dedo te reluce un anillo de oro!

LAS TRES NIÑAS (juntas).—Dáoslo!

SIFREDO.—Para alcanzarlo maté un monstruoso dragón, ¿y queréis que os lo dé por las miserables patas de un oso?

WUOLINDA.—¿Tan usurero te muestras?

WELGUNDA.—¿Tan avaro?

FLOSHILDA.—Generoso debías ser con mujeres.

SIFREDO.—Si os diese mi tesoro, me reñiría la mía.

FLOSHILDA.—¿Será muy mala?

WELGUNDA.—¿Te pegará tal vez?

WUOLINDA.—¿Si habrá ya sentido el héroe su mano? (Se ríen).

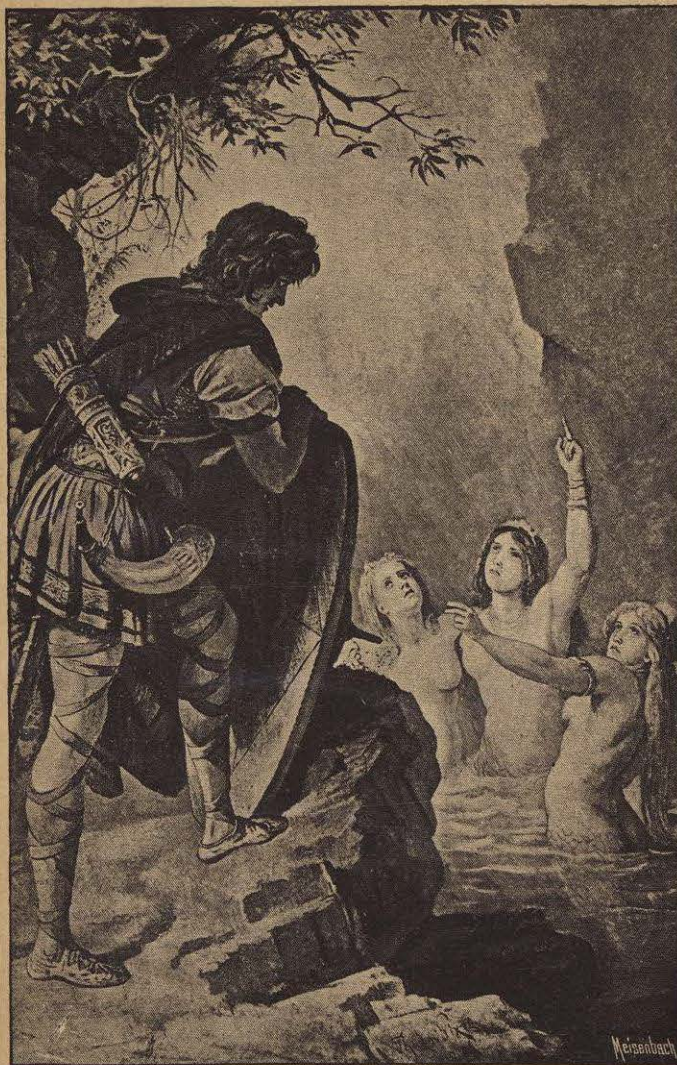
SIFREDO.—Reid cuanto queráis, vais á quedaros con las ganas.

FLOSHILDA.—¡Tan hermoso!

WELGUNDA.—¡Tan fuerte!

WUOLINDA.—¡Tan envidiable!

LAS TRES (á la vez).—¡Qué lástima que sea tan avaro! (Se ríen y se sumergen en el agua otra vez).



SIFREDO (bajando más).—¡Cuánto siento estos elogios! ¿debería dejar que se mofen de mí de esa manera? Si vuelven á subir, les doy el anillo. ¡Ea! Eh! vosotras, alegres amores de agua, salid, y os lo regalo.

LAS HIJAS DEL RHIN (vuelven á salir serias y graves).—Quédatelo, héroe, y guárdalo bien; que adviertas todo el mal que encierra. Entonces te alegrarás de que te libremos de la maldición que lleva consigo.

SIFREDO (volviéndose á poner con calma el anillo).—¡Ahora cantadme lo que sepáis!

LAS HIJAS DEL RHIN (cantando ya alternativamente, ya á coro).—¡Sifredo! Sifredo! Malo es lo que sabemos. Guardas por tu desgracia el anillo! Forjado está de oro del Rhin. El que astutamente lo forjó y lo ha perdido vergonzosamente, lo maldijo para siempre condenando á muerte al que lo llevase. Te anunciamos que así como pereció el dragón, perecerás también tú y será hoy mismo, si no nos das el anillo para esconderlo en lo más profundo del Rhin. Tan sólo la corriente en donde estuvo, le libraré de la maldición!

SIFREDO.—No digáis tal, mujeres astutas; si apenas creo en vuestras palabras cariñosas, menos me engañarán aún vuestras amenazas.

LAS HIJAS DEL RHIN.—¡Sifredo! Sifredo! Te decimos la verdad: huye! huye de la maldición! Las parcas la hilaron de noche en la cuerda del destino irrevocable!

SIFREDO.—Mi espada hizo pedazos una lanza. Si las parcas entretajan salvajes maldiciones en la cuerda del destino, la cortará Nothung. Bien me advirtió un dragón de este peligro, mas no me enseñó á temer! Un anillo me ha alcanzado el dominio del mundo y con gusto lo cedería por las delicias del amor. Yo os lo cedo si en cambio me ofrecéis mayor deleite. Pero si me amenazáis con perder la vida, no habéis de conquistarlo. Pues si

tuviese que sujetar mi vida y cuerpo con las cadenas del miedo, sin poder amar nunca, mirad, así arrojaría mi vida y mi cuerpo!

(Diciendo esto, coge un puñado de tierra y lo arroja por encima de su cabeza).

LAS HIJAS DEL RHIN.—¡Venid, hermanas! huyamos de ese loco! Se tiene por muy sabio y fuerte y está ciego y vive esclavo. Hizo juramentos y no los cumplió; sabe enigmas y no los quiere descifrar; se le concedió un bien sublime y le rechazó sin conocer su valor: tan sólo el anillo, que es su muerte, eso es lo que con más empeño guarda! Adiós! Sifredo! Hoy mismo será tu heredera una mujer orgullosa: ella nos atenderá mejor que tú. ¡Vamos á ella! ¡Vamos á ella!

(Se van nadando y cantando).

SIFREDO (las contempla riendo).—He aprendido á conocer á las mujeres. A quien no hace caso de sus caricias, procuran asustarle con amenazas, y si á pesar de ellas, afronta sus iras, le tratan entonces con aspereza. Con todo, si no fuera de Gunthera, me hubiera gustado una de esas mujeres! (Suenan muy cerca algunos toques de caza: Sifredo contesta alegremente con su bocina).

(Gunther, Hagen y algunos vasallos salen por la altura).

HAGEN (aún en la altura).—¡Eh!

SIFREDO.—¡Quién va!

LOS VASALLOS.—¡Eh! ¡Hola!

HAGEN.—¿Daremos por fin con tu escondite?

SIFREDO.—¡Bajad! eso está muy fresco y agradable!

HAGEN.—Aquí descansaremos y dispondremos la comida. Dejad el botín, y refrescad la garganta! (Colocan la caza en un montón; sacan algunos cuernos para beber. Luego se echan todos á descansar).

HAGEN.—Vais ahora á admiraros de lo que ha cazado el que nos asustó la caza.

SIFREDO (riendo).—Pobre sería hoy mi comida: tendré que pedirlos de la vuestra.

HAGEN.—¿Tú, sin caza?

SIFREDO.—Al bosque fui á buscarla, pero no vi más que caza acuática: muy tentado estuve de cazaros tres pájaros que me anunciaban mi muerte para hoy mismo. (Gunther se asusta y mira contristado á Hagen).

HAGEN.—Pesada chanza sería que el trasquilado cazador diese en las garras de alguna fiera!

SIFREDO.—Tengo sed.

(Se halla sentado entre Hagen y Gunther; estos le ofrecen de beber).

HAGEN.—He oído decir, Sifredo, que entendías el canto de los pájaros: ¿es cierto?

SIFREDO.—Tiempo há que no atiende á su trinar. (Bebe y ofrece luego su cuerno á Gunther). ¡Bebe, Gunther! bebe! tu hermano te lo ofrece.

GUNTHER (mirando, sumido en sus pensamientos, la bebida).—¡En ella has mezcládo tan sólo tu sangre pálida y sin color!

SIFREDO (riendo).—¡Pues la mezclaré con la tuya! (Echa del cuerno de Gunther en el suyo de modo que se vacía). Ahora se ha derramado la mezcla: ¡será un refresco para la madre tierra!

GUNTHER (suspirando).—¡Ay de ti, incauto!

SIFREDO (bajo á Hagen).—¿Brunilda te da cuidado?

HAGEN.—¡Así la entendiese tan bien como tú el canto de los pájaros!

SIFREDO.—Desde que oí el de las mujeres, me olvidé del de los pájaros.

HAGEN.—¿Pero en otro tiempo bien lo entendiste?

SIFREDO.—¡Ea! Gunther! hombre melancólico, si me lo agradeces, te cantaré mis proezas juveniles.

GUNTHER.—Las escucharé con gusto.

HAGEN.—¡Canta pues, héroe!  
(Todos se tienden alrededor de Sifredo, que es el único que está sentado).

SIFREDO.—Mime se llama un enano regañón, que me crió por codicia para que cuando el niño llegase á hacerse mayor, fuerte y valeroso, para él matase un dragón que descansadamente en el bosque guardaba un tesoro. Enseñábame á forjar y fundir el hierro: mas lo que el mismo maestro nunca pudo, con su arte lo logró el valor del aprendiz: soldar los pedazos de una espada rota. Forjé de nuevo el acero de mi padre, obtuve á Nothung; el enano la juzgó bastante fuerte para el combate y me condujo al bosque y allí maté á Fafner, el dragón. Pero ahora atended bien á las maravillas y mágicos sucesos que voy á narraros. La sangre del dragón me abrasaba los dedos, llévela á los labios: y apenas hecho cuando entendí el trino de un alegre pajarillo: se mecía sobre una rama y decía: «A Sifredo pertenece ahora el tesoro del Nibelungo: ¡oh si lo encontrase en la cueva! Si alcanzase el yelmo con él obtendría los favores del amor; mas, si encuentra el anillo, será el dominador del mundo!»

HAGEN.—¿Y te llevaste el casco y el anillo?

LOS VASALLOS.—¿Volviste á oír el pájaro?

SIFREDO.—Ya tenía el casco y el anillo cuando volví á escuchar al amble cantor que estaba en la cumbre de un árbol y decía: «¡Ay! de Sifredo es ahora el tesoro del Nibelungo: ¡que no se fie de Mime el traidor! para él tenía Sifredo que alcanzar el tesoro. Ahora está acechando contra la vida de Sifredo. ¡Que no se fie de Mime!»

HAGEN.—¿Te dijo el pajarillo la verdad?

LOS VASALLOS.—¿No le diste á Mime su recompensa?

SIFREDO.—Ofrecíome una bebida envenenada; temblando y pudiendo apenas hablar, me confesó sus malas intenciones; pero acabó con él mi espada.

HAGEN (riendo).—¡Por lo menos probó lo que no alcanzó á forjar!

LOS VASALLOS.—¿Qué más te volvió á decir el pajarillo?

HAGEN (después de haber destilado en la bebida el jugo de una planta).—Bebe antes de mi vaso: yo te prepararé refrigerante bebida que renovará en tu memoria los pasados hechos!

SIFREDO (después de haber bebido).—Volví á escuchar: allí estaba aún en la copa del árbol y cantaba: «Ah, Sifredo mató al malvado enano! Ahora sé dónde está para él la mujer más hermosa: duerme sobre altas rocas, el fuego la circunda; si atraviesa las llamas y despierta á la doncella, suya será entonces Brunilda!»

(Gunther escucha con creciente interés).

HAGEN.—¿Y seguiste el consejo del pájaro?

SIFREDO.—Pronto y sin detenerme partí de allí y no paré hasta encontrar la peña rodeada de fuego; atravesé las llamas y hallé en premio una preciosísima mujer, dormida y cubierta por reluciente armadura. Quitéle el casco y con un beso desperté á aquella doncella divina! ¡Oh! cuán ardientes me cñeron los brazos de la hermosa Brunilda!

GUNTHER.—¿Qué oigo?

(Dos cuervos salen de unos matorrales, revolotean alrededor de Sifredo y se van).

HAGEN.—¿No adivinaste el graznido de esos cuervos?

(Sifredo se levanta sobresaltado, y sigue con la vista el vuelo de los cuervos, vuelto de espaldas á Hagen).

HAGEN.—¡Me aconsejan venganza!

(Hunde su lanza en la espalda de Sifredo: Gunther le detiene, pero tarde).

GUNTHER Y LOS VASALLOS.—¿Hagen, qué haces?  
(Sifredo levanta con ambas manos su escudo para aplastar con él á Hagen, pero le abandonan las fuerzas, se le cae el escudo y él encima).

HAGEN (señalando al tendido en el suelo).—¡Vengo un perjurio!

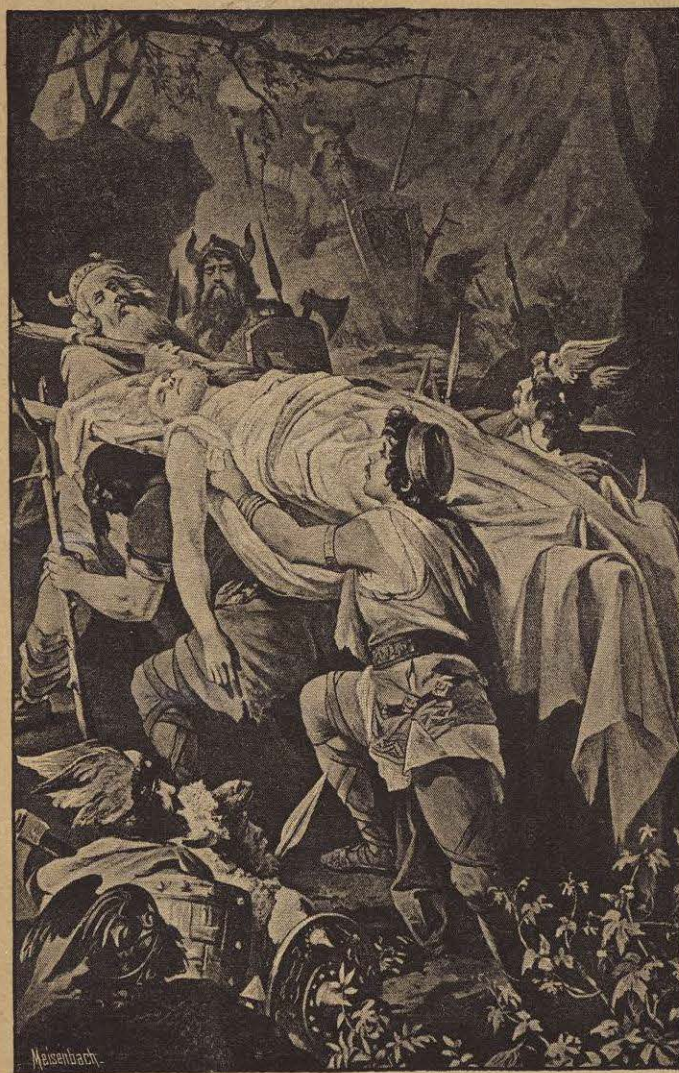
(Se retira tranquilamente á un lado y se pierde luego en dirección á la altura, por donde se le ve salir á paso lento. Gunther, lleno de dolor, se coloca al lado de Sifredo. Los vasallos rodean contristados al moribundo. Largo silencio y profunda emoción. Desde la aparición de los cuervos ha empezado á oscurecer).

SIFREDO (alzando todavía la mirada fulgurante, dice con voz solemne).—¡Brunilda, esposa sagrada, despierta, abre tus ojos! ¿Quién te volvió á sumir en el sueño? Llegó el que tiene que despertarte, lo hará con un beso y volverá á romper los lazos que te encadenan. ¡Luego le sonreirá el amor de Brunilda! ¡Oh! esos ojos tuyos, ¡quién me diera verlos siempre abiertos! Poder respirar siempre tu amoroso aliento! Oh muerte suave... Brunilda me saluda amorosa!

(Muere.—Los vasallos colocan el cadáver sobre el escudo y se lo llevan de allí pasando despacio por la altura de las rocas. Gunther sigue inmediatamente al cadáver.—La luna asoma á través de las nubes, y alumbrá la fúnebre procesión. Se levanta del Rhin una neblina que cubre todo el escenario. En cuanto se disipan las nubes aparece la casa de los Guibijungos).

La casa de los Guibijungos como en el primer acto.—Es de noche.—La luna ríela en el Rhin.—Gutrúna sale de su cuarto y se dirige al portal.

GUTRÚNA.—¿Era esa su bocina? (Escucha). No, aún no llega; ¡qué pesadilla perturbó mi sueño! Oía furioso relinchar su caballo: la risa de Brunilda me despertó. ¿Quién era la mujer que ví dirigirse al Rhin? Temo á Brunilda! ¿Está en casa?



(Aplica el oído á la puerta de la derecha y llama luego bajo): ¡Brunilda! Brunilda! ¿estás despierta? (Se alza temerosa y mira al interior). Vacío está su aposento. Ella fué la que ví dirigirse hacia el Rhin. (Se asusta y atiende á los rumores lejanos). ¿Era ese el sonido de su cuerno? No! todo sumido en el silencio y oscuridad. ¡Si volviese á ver pronto á Sifredo!

(Quiere volverse á su cuarto, cuando oye la voz de Hagen, y se para un momento con pavor).

HAGEN (dentro; poco á poco va acercándose).— ¡Eh! ¡Hola! Despertad! despertad! traed luces! alumbrad! Os traemos buen botín de caza. ¡Hola! hola! (Luces y resplandor de fuego por fuera.— Entrando). ¡Levántate, Gutruna; saluda á Sifredo! ¡A casa vuelve el héroe!

(Vasallos, guerreros y mujeres acompañan con luces el cadáver y séquito de Sifredo y entre ellos llega Gunther).

GUTRUNA (muy angustiada).—¿Qué ha sucedido, Hagen? No oí su bocina!

HAGEN.—El pálido héroe no aplicará á ella sus labios; ni se arrojará otra vez á la pelea y á la caza, ni obtendrá más las caricias de las mujeres.

GUTRUNA (con creciente terror).—¿Qué traen aquellos?

HAGEN.—¡La víctima de un jabalí feroz: Sifredo; tu esposo muerto!

(Gutruna da un grito y se arroja sobre el cadáver, que han colocado en el centro del escenario).

GUNTHER (procurando levantar á la desmayada).—¡Gutruna! hermana mía! respóndeme!

GUTRUNA (volviendo en sí).—Sifredo! Sifredo muerto! (Rechaza enérgicamente á Gunther). ¡Atrás! hermano infiel! asesino de mi esposo! ¡Oh desgracia! socorro! Han matado á Sifredo.

GUNTHER.—¡No me acuses á mí! quéjate de Hagen: él es el maldito jabalí que mató á ese noble!

HAGEN.—¿Y has de conservarme por esto rencor?

GUNTHER.—¡ Sé para siempre presa del miedo y de la desgracia!

HAGEN (adelantándose con mucho orgullo).— ¡Pues sí! yo le he matado, yo, Hagen! Le atravesó mi lanza! la lanza por la cual perjuró! Con su muerte me gané el sagrado derecho al botín; exijo ese anillo!

GUNTHER.—¡ Atrás; jamás has de obtener lo que me corresponde á mí!

HAGEN.—¡ Vosotros, vasallos, juzgad mi derecho!

GUNTHER.—¿ Quieres acaso robar á Gutruna su herencia? ¡ desdichado hijo de un enano!

HAGEN (tirando de su espada).—¡ Así lo exige el hijo del enano! (Ataca á Gunther, éste se defiende, pelean. Los vasallos intentan separarlos. Gunther cae muerto á un golpe de Hagen). ¡ Mío es el anillo!

(Va á coger la mano de Sifredo, ésta se levanta amenazadora. Terror general. Gutruna y las mujeres gritan. Por el fondo entra Brunilda majestuosamente y con firme paso adelantándose hacia el proscenio).

BRUNILDA (desde el fondo).—¡ Cesad en tales sollozos! Su mujer viene ahora á vengar tamaña traición. (Sigue adelantándose con calma).

GUTRUNA.—¡ Ah, envidiosa Brunilda! Tú eres la causa de tan grave desventura! Tú fuiste quien excitó á los guerreros á cometer tal infamia; contigo trajiste á esta casa la desdicha!

BRUNILDA.—¡ Calla! miserable! tú nunca fuiste su esposa: tan sólo lograste ser su amante. Yo sola fuí esposa, pues él me juró fidelidad mucho antes de verte á ti.

GUTRUNA (desesperada).—¡ Hagen maldito! ¡ traidor! ¿ por qué me aconsejaste que le diese la bebida que le arrebatava su amor? ¡ Oh desdicha! ahora sé que era Brunilda su amada esposa á quien el maldito filtro hizo olvidar!

(Llena de vergüenza, se aparta de Sifredo, y se inclina apesadumbrada hacia el cadáver de Gunther; así per-



manece inmóvil hasta el fin. Largo silencio.—Hagen, apoyado en su lanza y su escudo, meditabundo, en el otro lado del escenario).

BRUNILDA (sola en el centro: después de haber estado observando muy abatida el semblante de Sifredo, se vuelve con ademán majestuoso á los vasallos y mujeres y les dice):—¡Alzad una pira á orillas del Rhin: elévense bien altas las llamas ardoras y brillantes que han de devorar el cuerpo del más sagrado de todos los héroes! Traédme su corcel: yo misma quiero tener parte en la gloria del héroe. Id; haced lo que os mando. (Los más jóvenes forman un gran montón de leña delante de la entrada, cerca de la orilla del Rhin: las mujeres lo adornan con colgaduras y tapices, sobre los cuales echan flores y hierbas.—Brunilda sumida de nuevo en la contemplación del cadáver). Fulgura á mi vista su semblante luminoso como los rayos del sol. (Hace seña á los guerreros de levantar el cadáver de Sifredo y de llevarlo á la pira; al mismo tiempo le quita del dedo el anillo, que contempla mientras dice lo que sigue y al fin se lo pone). ¡Vuelvo á poseer lo que fué mío! ¡Maldito anillo! tomo tu oro para devolverlo. ¡A vosotras, sabias hermanas de las profundidades del Rhin, debo ese buen consejo! Yo os daré lo que deseáis: recogedlo de entre mis cenizas! el fuego que va á devorarme purificará el anillo de su maldición; vosotras fundidlo de nuevo en vuestra morada y guardad el oro reluciente, la brillante estrella del Rhin, que tan sólo trajo á la tierra desventura. (Se dirige al fondo y le quita de la mano á un guerrero la ardiente antorcha). ¡Idos á vuestra morada, cuervos! contad á vuestro señor lo que aquí á orillas del Rhin habéis oído! Pasad sobre la roca de Brunilda y decid á Loge, que aún rodeándola arde, que vuelva al Walhalla! (Arroja la antorcha en la pira que se enciende al instante. De la orilla se levantan dos



cuervos que volando desaparecen por el fondo. Brunilda retrocede de nuevo unos pasos). ¡Vosotros, los que aquí os quedáis, oh raza poderosa, atended lo que voy á deciros! Cuando veáis devorados por las llamas los cuerpos de Sifredo y Brunilda y á las hijas del Rhin llevarse hacia el fondo el anillo, dirigid, al través de la noche oscura, hacia el norte, vuestras miradas! Si brilla en el cielo sagrado fuego, sabed que estáis viendo el fin del Walhalla! Si desaparece la generación de los dioses, como leve brisa, y dejo al mundo sin dominador, os daré en cambio el tesoro más sublime de mi saber. No consiste la felicidad ni en el oro, ni en los bienes, ni en la pompa, el hogar, el poderío; ni en los lazos con que atan traidores pactos, hipócritas costumbres, duras leyes; sólo el amor trae consigo la dicha en el júbilo como en los pesares. (Dos jóvenes entran el caballo; Brunilda lo coge y le quita los arreos). ¡Yo te saludo, Granel! ¿Sabes, amigo, á dónde te llevo? Allí en medio del fuego resplandece tu señor, Sifredo, mi héroe sagrado. ¿Relinchas acaso de alegría porque vas á seguirle? ¿Te atrae á él la sonriente llama? También mi pecho siente su ardor, y mi corazón inflama ardiente fuego para abrazarle, desposarme con él, unirme á él con indisoluble lazo. ¡Ea! Granel! saluda al amigo. ¡Sifredo! Sifredo!... ¡Henchida de júbilo... me lanzo á ti!

(De un salto monta á caballo y se lanza con él en medio del fuego. Al instante se aviva la llama, de modo que invade el espacio y amenaza incendiar la casa. Horrorizadas, se precipitan todas las mujeres al prosenio. De pronto se derrumba la pira, de modo que sólo se ve moverse encima de ella ardorosa neblina; ésta se eleva más y más y mengua en intensidad hasta desaparecer; el Rhin se ha desbordado por la orilla más cercana al fuego y el agua llega hasta la entrada de la casa. Las tres hijas del Rhin se acercan nadando sobre las olas. Hagen, que durante lo que antecede

ha estado observando á Brunilda con creciente interés, á causa de su deseo de obtener el anillo, al ver á las hijas del Rhin se llena de temor de perderlo; suelta súbitamente el escudo y la lanza, y con el grito de: «¡No toqueis el anillo!» se arroja á la corriente. Wöglinda y Welgunda se cogen á su cuello y le atraen á la profundidad: Flosshilda, delante de ellas, sostiene el anillo recuperado. En esto reluce en el norte un resplandor parecido á una aurora boreal que va aumentando en brillo y magnitud. Los vasallos, guerreros y mujeres lo miran admirados.—Cae el telón).

FIN DEL ANILLO DEL NIBELUNGO